

# Los comienzos de Cartago y la expansión fenicia en el área mediterránea\*

HANS G. NIEMEYER  
Universidad de Hamburgo

**RESUMEN.**—Se presentan los primeros resultados de las excavaciones de la Universidad de Hamburgo en el área de la Cartago fenicio-púnica (cruce del Decumanus Maximus con el Cardo X de la planta romana de la ciudad). Allí se pudo sacar a la luz, por debajo de casas de los siglos V al II a.C., restos de viviendas arcaicas de la fase del asentamiento primitivo. Hay que destacar que se trata de construcciones de adobe (siglos VIII y VII a.C.). A continuación los hallazgos son interpretados con respecto al panorama general de la expansión fenicia en el Mediterráneo. El estudio enfoca especialmente los modelos de fundación, distintos por su estructura, tanto de las colonias griegas en el Mediterráneo central, como de las factorías fenicias en el extremo Occidente. En este marco resulta patente el alto rango de la gran ciudad norteafricana cuyo desarrollo y caída esta investigación quiere aclarar.

## 1.

Al comienzo de la historia de Cartago se encuentra una de las grandes figuras femeninas de las tradiciones antiguas, Dido/Elissa, la princesa real de Tiro, la legendaria fundadora de la ciudad. La historia de su amor por otro héroe del mito, Eneas el troyano, el antepasado de Roma, se convirtió, gracias a la versión épica de Virgilio, en un componente fundamental de la tradición cultural europea.

Hasta la Edad Moderna artistas de categoría se inspiraron en esta leyenda para algunas de sus grandes creaciones artísticas. Pintores como P.P. Rubens, C. Lorrain o G. Reni la trabajaron en sus cuadros, y muchos autores dramáticos, entre ellos el español Guillén de Castro, se aprovecharon de esa materia en sus obras de teatro.

---

\* Presentamos el texto íntegro de la conferencia pronunciada el día 7 de diciembre de 1988 en el Instituto Arqueológico Alemán en Madrid en ocasión del acto conmemorativo del aniversario del nacimiento de Winckelmann, aumentado en notas con la bibliografía esencial. La versión alemana se ha publicado como n.º 60 de la serie «Veröffentlichungen der Joachim Jungius-Gesellschaft» con el título: H. G. Niemeyer, *Das frühe Karthago und die phönizische Expansion im Mittelmeerraum* (Göttingen 1989). Un informe más detallado de los resultados de las excavaciones del Seminario de Arqueología Clásica de la Universidad de Hamburgo está en preparación. Para un resumen de la problemática general de la expansión fenicia véase el libro utilísimo de M. E. Aubet, *Tiro y las colonias fenicias de Occidente* (Barcelona, 1987), y, últimamente, S. Moscati, *Tra Tiro e Cadice. Temi e problemi degli studi fenici* (Roma 1989, = *Studia Punica* 5).

De los dramas musicales que toman como asunto la leyenda, uno de los primeros es la ópera «Didone abbandonata», de F. Cavalli y estrenada en 1641. Entre las más de 50 óperas que desde entonces se han compuesto sobre este tema encontramos la de Henry Purcell, «Dido and Aeneas», de 1689, —que todavía hoy forma parte del repertorio de veladas musicales— y «Les Troyens», de Hector Berlioz (1855/56), indudablemente su ópera más importante<sup>1</sup>.

Pero a ello no se reducen la presencia y el significado del concepto de «Cartago» en la tradición europea. La enemistad mortal de Roma, tan fatal para la historia de Cartago en épocas tardías, es otro aspecto que ha asegurado su pervivencia. En la versión abreviada de la célebre sentencia política «ceterum censeo Cartaginem esse delendam», que Cicerón no literalmente pero sí con el sentido original correcto transmite como propia de Catón el Mayor (Cic., *Cato* 18), esa enemistad se ha hecho proverbial para el odio extremo de un pueblo por otro. Y en este contexto ha de mencionarse asimismo el tópico ya racista de la «fides punica». No será exagerado sostener que la guerra entre Roma y Cartago se ha vuelto paradigma para la lucha por la supervivencia entre dos pueblos.

P. Escipión Emiliano tiene que haber sentido algo de esta dimensión histórica mundial, de su universalidad y de su siempre posible repetición cuando en vista de Cartago en llamas, en 146 a.C., recordó los versos de Homero, «Día llegará en que la sagrada Ilion sucumbirá...», como lo ha relatado uno de sus acompañantes, el historiador Polibio (Polyb., XXXVIII 21, 1-3).

Las raíces de ese odio entre los pueblos de Roma y Cartago remontan, si no me equivoco, a tiempos muy lejanos. No obstante —y ello es importante recordar— la joven Roma, apenas sacudida la tiranía de los Tarquinius, concertó su primer pacto precisamente con Cartago. Además había familias fenicias que desde siempre vivían en la ciudad, al igual que en Caere, ciudad etrusca<sup>2</sup>.

Pero sea ello como fuese, queda destacar que todo lo que llegamos a saber sobre Cartago por vía escrita casi siempre ha de someterse primero a un crítica de la fuentes, ya que se trata de noticias de la pluma del «enemigo». Y este destino lo comparte la gran ciudad en la bahía de Túnez con sus fundadores, los fenicios. También ellos aparecen en las fuentes griegas e israelitas como «los otros», a menudo como los enemigos. Quien quiera ahondar en la historia de la ciudad, ha de tener en cuenta estas condiciones peculiares, este carácter emocional de las fuentes. Parece extremadamente difícil la tarea de indagar lo que «pasó de verdad».

1. Véase *Reallexikon zur deutschen Kunstgeschichte* III (1954) s.v. (E.W. Braun); A. Wlosok, «Vergils Dido-Tragödie», en: *Studien zum antiken Epos*, ed. J. Görgemanns y E. A. Schmidt (1976), pp. 228ss.; E. Frenzel, *Stoffe der Weltliteratur* (Stuttgart, 5a ed. 1981), 150 - 153.

2. R. Rebuffat, «Les Phéniciens à Rome», *Mélanges d'Archéologie et d'Histoire* 78 (1966), pp.7-48; Cp. G. Bunnens, *L'Expansion phénicienne en Méditerranée* (Bruselas 1979), pp. 307s.

## 2.

Pero el arqueólogo no depende solamente de las noticias que más o menos deformadas se nos han transmitido, sino que recurre primero al método de la exploración del campo y puede abordar la cuestión sobre los comienzos de la ciudad de Cartago de manera más bien imparcial y práctica: se preguntará sobre los restos materiales de esta ciudad, sobre el perfil y el carácter del poblado, sobre los testimonios arqueológicos para la cronología y el contexto histórico de esta fundación. Si espera que gracias a los resultados de las excavaciones arqueológicas va a poder resolver por completo estas cuestiones, se expone sin embargo a sufrir no pocas decepciones.

Después de que el diplomático y «hombre de letras» Chateaubriand, en su gran viaje por el oriente en 1807, hubiese identificado la colina de Byrsa con el centro de Cartago y después de que el consul danés Falbe hubiese realizado las primeras investigaciones topográficas en los años '30 del siglo XIX, empezaron las excavaciones, que realmente merecen tal nombre, en el área de la ciudad en 1959 bajo la dirección del arqueólogo E. Beulé, enviado por el Instituto de Francia y famoso por sus afortunados trabajos en Atenas. Desde entonces las actividades arqueológicas en Cartago no han cesado salvo durante unas pocas temporadas. A pesar de ello hasta hace pocos años eran válidas las frases críticas que Friedrich Rakob antepuso a su informe sobre las excavaciones en el llamado «barrio de Magón» en Cartago, que presentó en 1979 con motivo de la celebración del 150 aniversario del Instituto Arqueológico Alemán: «Hasta ahora en Cartago no se han efectuado excavaciones sistemáticas de grandes extensiones. Eran desconocidas la situación, el plano, la fecha de fundación, la evolución y la expansión de la metrópolis púnica, y sigue estando inexplorada la historia de la refundación romana»<sup>3</sup>.

Este juicio suena inadecuadamente duro. Pero ha de considerarse que la investigación arqueológica de la antigua Cartago o, mejor dicho, de las dos ciudades de este nombre que se sucedieron y se construyeron una encima de la otra —y que en su tiempo figuraban entre las más importantes de todo el área mediterránea—, siempre ha tropezado con dificultades especiales. Ambas ciudades se destruyeron deliberadamente y de modo radicalísimo. El primer arrasamiento lo causó aquel pavoroso incendio que puso un fin tan terrible a la Tercera Guerra Púnica (149 - 146 a.C.). Du-

---

3. F. Rakob, en: *150 Jahre Deutsches Archäologisches Institut. Festveranstaltungen und internationale Kolloquium 17.-22. April 1979* (Maguncia 1981), p.121s.; para una historia de las excavaciones veáse P. Cintas, *Manuel d'Archéologie Punique II* (1976) p.72; S. Lancel, en: *Byrsa I. Mission archéologique française à Carthage, Rapports préliminaires des fouilles (1974-1976)*, ed S. Lancel (Roma 1979), pp. 13-39; J. Lund, «The archaeological activities of Christian Tuxen Falbe in Carthage en 1838», *Cahiers des études anciennes (Quebec)* 18 (1986), pp. 9-24.

rante seis días y seis noches, o según otras noticias durante 18 días, las llamas asolaron la ciudad conquistada antes de que los soldados de Escipión emprendieran el saqueo. Por orden de los Decemviri, enviados con este fin por Roma, Escipión hizo demoler hasta los últimos restos de las construcciones; maldito debía quedar para siempre el suelo del enemigo mortal<sup>4</sup>.

Mas la historia de las destrucciones no terminó con ello. Después de que en el año 29 a.C. el emperador Augusto había adjudicado el área de la antigua ciudad a la recién fundada Colonia Concordia Iulia Carthago, se volvieron a realizar trabajos de aplanamiento que en sus consecuencias deben haber superado en mucho a las del suceso acontecido hacía entonces ya cuatro generaciones. Según confirmaron excavaciones recientes, en esta segunda fase de fundación de la ciudad, que llegó a concluirse sólo al final del gobierno del emperador Tiberio, se revolvieron todos los restos de la mampostería en búsqueda de material de construcción reemplazable y se ordenaron y aplanaron los escombros que de manera casual e irregular se habían amontonado. Además se llevaron a cabo ingentes cambios en la superficie de la colina central de la ciudad, Byrsa, donde toca la cima, en una extensión de 3 a 4 hectáreas, fue desmontada por lo menos 3 o 4 metros con el fin de crear el espacio suficiente para el templo de Augusto. Los arqueólogos franceses que trabajan en este lugar de la antigua área de la ciudad han calculado que durante aquellas obras se movieron seguramente más de 100.000 m<sup>3</sup> (!) de tierra y escombros. A ello corresponden las extensiones de las capas de escombros que cubren la Cartago púnica: miden de ordinario entre 2 a 3 metros en el área de la ciudad y hasta 10 metros (!) cerca de la cima de la colina<sup>5</sup>.

Después de la conquista del Norte de Africa por los árabes, Cartago sirvió de cantera para las construcciones en Kairouan y Túnez, e incluso para la catedral de Pisa se utilizaron materiales procedentes de Cartago. Sin embargo las ruinas de la ciudad romana y bizantina todavía deben haber sido impresionantes. Esto lo indica el hecho de que en 1270, después de la muerte de San Luis y la retirada de los cruzados, el príncipe de los hafsidas, el Moustancir, dió orden de arrasar la ciudad, evidentemente con la intención de impedir a todo el futuro invasor establecerse de nuevo en este lugar. «El sitio se convirtió en un desierto y no quedaron ni siquiera vestigios de sus ruinas...», así nos asegura unos cien años más tarde Ibn Khaldoun, el gran cronista del Norte de Africa<sup>6</sup>.

En el curso de la campaña internacional iniciada por la UNESCO en

4. W. Huss, *Geschichte der Karthager* (Monaco 1985, = Handb. d. Altertumswiss. III, 8) pp. 455-457

5. S. Lancel, *La colline de Byrsa à l'époque punique. Introduction à la connaissance de Carthage* (Paris 1983) p.9.

6. V. Cintas loc. cit. p. 77.

1974 bajo el lema de «Salvad Cartago», nuestros conocimientos arqueológicos sobre los aspectos urbanísticos y la evolución de la ciudad de Cartago en las épocas púnicas media y tardía han aumentado considerablemente, gracias sobre todo a las excavaciones francesas y alemanas. Grandes áreas habitadas fueron documentadas y exploradas, de modo que por primera vez se pudo hablar de una auténtica excavación de zonas residenciales. Pero mientras las más antiguas viviendas puestas al día por la misión alemana cerca de la Puerta del Mar —se trata del actualmente en términos populares llamado «Barrio Magón»— datan del siglo V a. C., el área situada por debajo de la cima de Byrsa, excavada bajo dirección francesa, sólo en el siglo II a. C., después de haber sido ocupada por talleres metalúrgicos, fue destinada a la construcción de viviendas<sup>7</sup>.

En cambio, las numerosas y vastas necrópolis de la ciudad se conocían ya desde hace bastante tiempo, lo que debemos sobre todo al incansable afán de los excavadores que trabajaron en los decenios alrededor del año 1900, el padre A.L. Delattre, de los «Pères Blancs», y Paul Gauckler, director del Servicio Arqueológico Tunecino, que se suicidó en 1911 a la edad de 45 años. Su legado científico, las «Nécropoles puniques», editadas según los facsímiles de sus bocetos y diapositivas de excavación, siguen constituyendo incluso hoy día la base irremplazable de todo trabajo serio sobre la antigua Cartago<sup>8</sup>. Lamentablemente, las sepulturas exploradas en aquella época o no han sido publicadas o lo han sido de forma insuficiente. Incluso se desconoce su número exacto —en su gran monografía sobre este tema, Hélène Benichou-Safar tuvo que limitarse a señalar que hubo «más de 3.000»<sup>9</sup>.

Sólo las sepulturas de la colina de la Byrsa, descubiertas y estudiadas por el equipo francés en el curso de la campaña de la UNESCO, han sido publicadas de forma ejemplar según los métodos más modernos. Instaladas en tiempos arcaicos, estas sepulturas forman en el Sudoeste, desde el punto de vista topográfico, el principio de la gran necrópolis de Cartago, la cual se extiende formando un arco aplanado desde la colina de Byrsa hasta la de Junon, y desde allí pasando por los distritos Douïmes y Dermeh hasta el distrito Ard et-Touïbi y casi tocando las termas de Antonino.

No obstante, seguimos sin poder contestar a las cuestiones esenciales sobre la historia de los comienzos de la ciudad arcaica, sobre su ubicación, su extensión y el carácter urbanístico de ese poblamiento. Todavía en 1979, Friedrich Rakob, en su conferencia arriba citada, tomó en consideración como alternativa válida la tesis, propuesta desde hace tiempo por Jean Ferron, de localizar el núcleo primitivo de Cartago en Sidi bou

7. Lancel, loc. cit. n. 6, p. 27.

8. P. Gauckler, *Nécropoles puniques de Carthage I.II* Paris 1915).

9. H. Bénichou-Safar. *Les tombes puniques de Carthage* (Paris 1982) p. 14 n. 15.

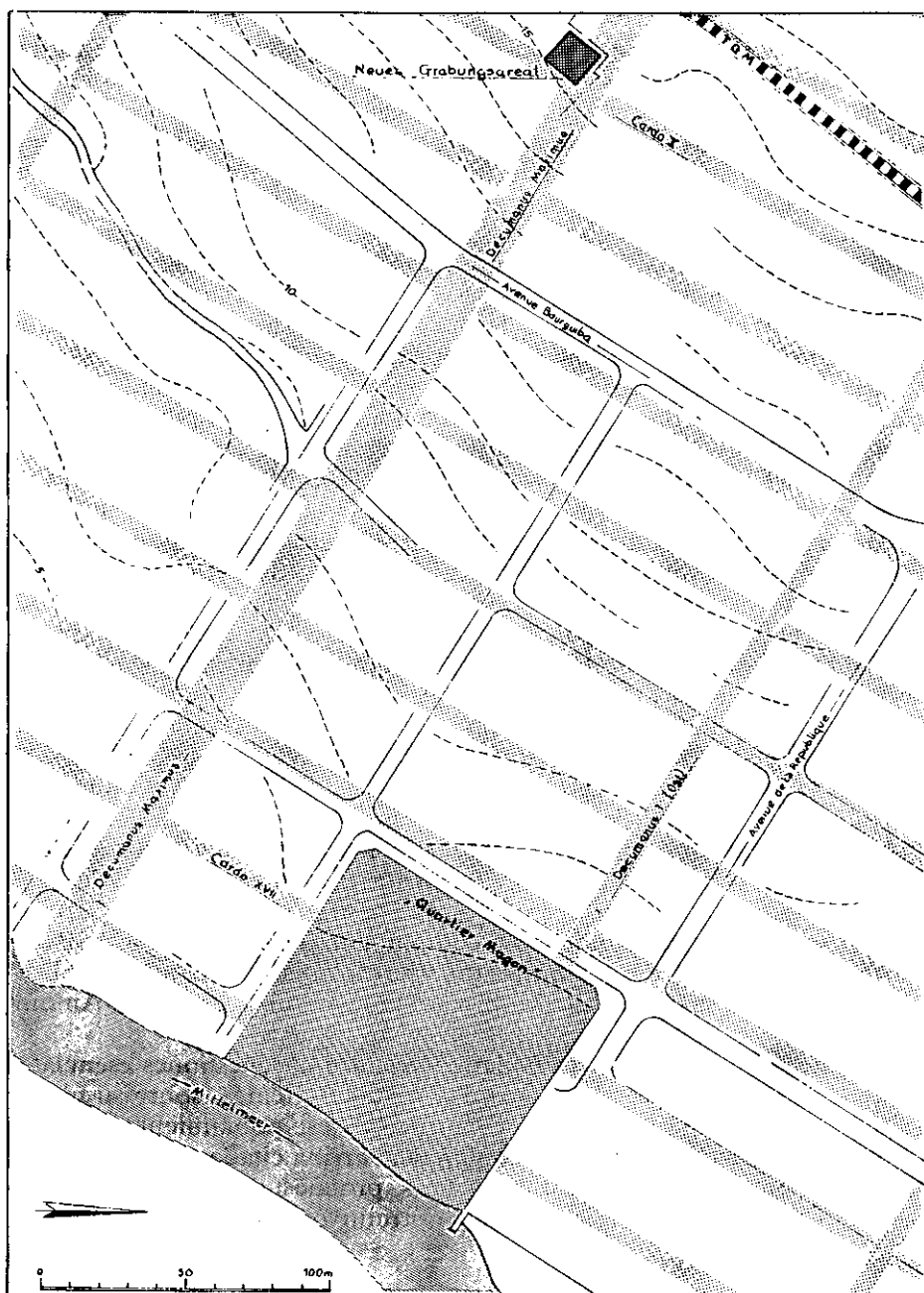


Fig. 1.—Cartago. Ubicación de la excavación de la Universidad de Hamburgo en relación al «Quartier Magón».

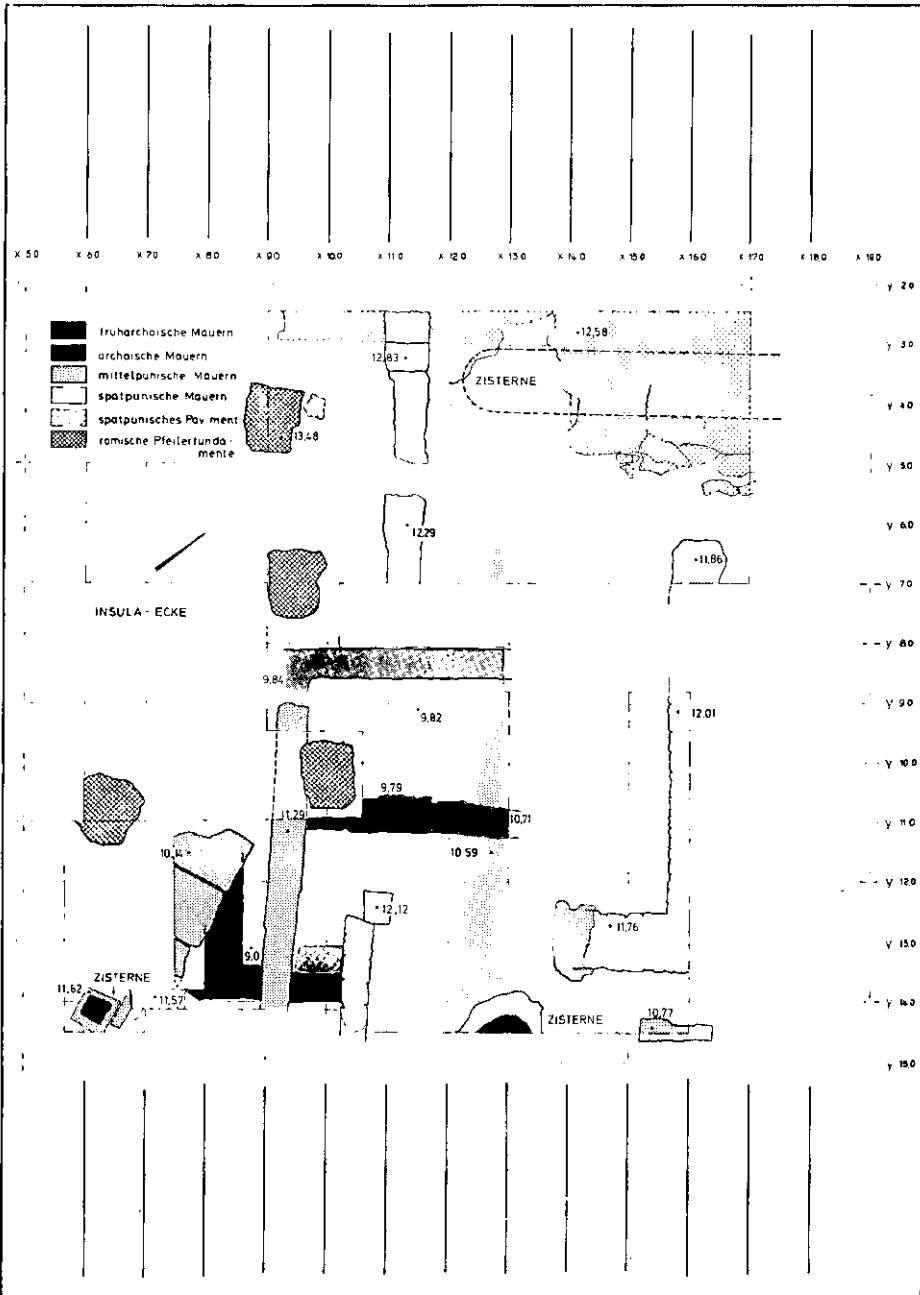


Fig. 2.—Cartago. Excavación de la Universidad de Hamburgo. Plano provisional al final de la campaña de 1987.

Said<sup>10</sup>. E incluso después de los resultados más recientes obtenidos en las excavaciones de la campaña de la UNESCO, la cronología de este asentamiento más importante del área mediterránea, que según la leyenda fue fundado en 814/13 a. C., seguía siendo problemática. Solo en 1983, al realizar una excavación de urgencia en la zanja cavada para una piscina particular. Rakob logró por fin confirmar la existencia de estratos de hábitat arcaicos en el área de la ciudad, situados a medio camino entre la línea de la costa y la colina de la Byrsa. Los fragmentos de cerámica allí hallados y presentados por Mercedes Vegas en el coloquio final de la campaña de la UNESCO en Quebec en 1984, fueron la primera cerámica fenicia arcaica encontrada en el suelo de Cartago fuera de las necrópolis y el Tophet<sup>11</sup>.

## 3.

Los resultados que acabo de resumir fueron razón suficiente para que el Instituto Arqueológico de la Universidad de Hamburgo iniciara allí una excavación que dura ya tres campañas y cuya valoración, junto con la de aquel sondeo de 1983 y de otros más, realizados entretanto por Friedrich Rakob en el área urbana, ha ampliado y ampliará aún más nuestra visión de los comienzos de esta ciudad norteafricana, tan cargada de historia. Con ello obtenemos una nueva base para las consideraciones sobre la estructura de la expansión fenicia en el área mediterránea que expuse en la segunda conferencia dedicada a la memoria de Theodor Mommsen, que tuvo lugar en 1983 en la ciudad de Maguncia<sup>12</sup>. A continuación ofreceré algunos detalles al respecto.

Suponiendo siempre que también bajo las ruinas de la ciudad de los Bárcidas y Magónidas se pudieran encontrar aún restos de fases más antiguas de la evolución del hábitat de Cartago en estratos de suficiente potencia, dos conjuntos de cuestiones requerían una atención especial:

1. ¿Corresponderán los restos constructivos, estratos de poblado y hallazgos de cerámica a la categoría que adjudicamos a la ciudad incluso en sus comienzos y que se basa en su vasta necrópolis y en la información de las fuentes históricas?

2. ¿Como encajarán las conclusiones derivadas de la nueva situación arqueológica en el amplio marco general de la expansión fenicia en el

10. J. Ferron, *Le Muséeon* 98 (1985), p.71f. Anm. 61, «la colline tres étendue en forme de cratère de Sidi bou Said constitua le lieu du premier établissement phénicien. La ville archaïque a commencé là, et le premier habitat devat dégringoler les pentes comme une vraie cité orientale, á la maniere dont le fait encore l'agglomération tunisienne actuelle».

11. M. Vegas, «Archaische Keramik aus Karthago», *Mitteilungen des Dt. Arch. Inst. Rom.Abt.* 91 (1984), pp.215; cf. Fr. Rakob, *ibid.* pp.2-5.

12. H.G. Niemeyer, «Die Phönizier und die Mittelmeerwelt im Zeitalter Homers», *Jahrbuch des Römisch- Germanischen Zentralmuseums Mainz* 31 (1984), pp. 1-94.



Mediterráneo? ¿Y cómo se podría definir su relación con la colonización griega más o menos contemporánea?

3. Finalmente habrá de enfrentarse a un tercer problema, que los estudiosos discuten sin cesar desde que apareció en 1894 en el «*Rheinisches Museum*» el clásico artículo de Julius Carl Beloch sobre la fecha de fundación de Cartago y los demás asentamientos fenicios en el Mediterráneo<sup>13</sup>.

Dado la información previa de los sondeos realizados anteriormente, resultó fácil elegir el lugar concreto para la excavación: directamente al Este de los cortes efectuados por Fr. Rakob en 1979 y 1983 («*terrain Ben Ayed*»), en un terreno situado a unos 16 metros sobre el nivel del mar y que aún no estaba cubierto de edificios modernos, se ofreció la posibilidad de excavar en la traza del *Decumanus Maximus* (fig. 1). Aquí, por debajo de la arteria principal de la ciudad romana, que alcanza 48 pies romanos (unos 14 metros) de anchura, se podía esperar detectar inmediatamente restos constructivos de la ciudad tardopúnica, al contrario de las «*insulae*», donde por la ocupación constante de los bloques de viviendas había crecido una estratigrafía potente de las épocas imperial-romana y bizantina. Como en todas las excavaciones que se llevan a cabo en el recinto de una ciudad antigua, también aquí hubo que superar considerables perturbaciones en la secuencia de los estratos históricos. No sólo encontramos huellas de excavaciones de saqueo, realizadas con el fin de obtener material constructivo reutilizable y frecuentes en casi todas las épocas, sino también vestigios de otras excavaciones no documentadas, que se habían promovido introduciendo túneles en la tierra, al igual que en las ciudades enterradas por los escombros del Vesubio.

De la época del Imperio Romano y de la Antigüedad Tardía, la excavación descubrió solamente cuatro cimientos de pilares al menos hasta la campaña de 1987. Y aunque nuestra intención había sido sortear, en lo posible, los restos constructivos tardorromanos, este hallazgo fue muy oportuno, ya que nos indicó la esquina sudoccidental del cruce, del *Decumanus Maximus* con el *Cardo X*, que según el plano urbanístico romano y nuestros cálculos topográficos aquí era de esperar (fig. 2). Sobre estos cimientos deben haberse elevado pilares o columnas para las arcadas que bordeaban las calles de la época tardía. —Se habían robado, sin embargo, los bloques, muy codiciados como material de construcción, de los canales de desagüe que discurren debajo de la calle.

En el borde occidental del área excavada y a prácticamente 3 metros de profundidad encontramos en 1986, debajo de las enormes capas de aplanamiento de la época augustea, los restos constructivos de la ciudad de los Bércidas, devastada con tanta saña en 146 a. C. Al parecer se trata

---

13. Cf., también, J.C. Beloch, *Griechische Geschichte* I 2<sup>2</sup> (1913) § 95f.

de un sector de un barrio de viviendas de nivel elevado, con pavimentos cuidadosamente trabajados. Los muros, levantados en su mayor parte con piedras sin trabajar, contienen a menudo espolios, y piedras reutilizadas se hallan también incorporadas en dos muros de adobe que a causa del incendio de 146. a. C. se han parcialmente cocido. Unas cisternas se encuentran muy juntas, parecido a lo que se observa en el barrio de viviendas excavadas por el equipo alemán, en el llamado «Barrio Magón», y en la excavación francesa en la colina de la Byrsa. Con ellas la gente de Cartago aseguraba el abastecimiento de agua, también en casos de sitio. —La organización urbanística queda aún en definitiva sin dilucidar, pero ya ahora se puede hacer constar que evidentemente ninguna calle principal tardopúnica atravesó el área de la excavación.

También a más profundidad, la estratigrafía ofrece muchas veces un aspecto bastante revuelto, como suele ser en un área urbana y de una vida continua por más de medio milenio. Pero justamente aquí ha de comprobarse si nuestra exploración, todavía modesta en dimensiones y medios técnicos, ya puede aportar algunas contestaciones al catálogo de cuestiones que acabo de exponer.

El horizonte situado por debajo del nivel tardopúnico-helenístico corresponde a la época «púnica media». Con respecto a la cronología absoluta coincide aproximadamente con la época clásica-tardía de Grecia. En Cartago, fue la esplendorosa época de Magón y los Magónidas. Este horizonte se puede observar sobre todo en la mitad oriental de la zona excavada: aquí se hace notar ya el declive natural del terreno hacia el mar. Parece que le siguen los niveles edificados, sin que se hayan construido más que pequeñas terrazas para compensar el declive. Por ello el horizonte de la época púnica media se encuentra aquí ya a una profundidad de 5,50 metros, lo que equivale a 10,34 metros sobre el nivel del mar. El mismo nivel de altura se puede observar en el umbral de una puerta posteriormente cerrada con bloques, que destaca claramente del hasta ahora único muro de mampostería que discurre de Oeste a Este (lám. 1). Este muro, que debe haber pertenecido a un edificio más suntuoso, sirve prácticamente de articulación entre capas más antiguas y otras más recientes: en un momento determinado se había cerrado la puerta en cuestión, cambiándose con ello también la función de las habitaciones por ella comunicadas; simultáneamente, el nivel del suelo fue elevado unos 40 centímetros. A esta segunda fase de utilización del muro de sillares pertenece también un pilar aislado, compuesto por grandes bloques de piedra. Posteriormente, este pilar sirvió de contrafuerte a otro muro edificado con adobes secados al aire y sobre un suelo elevado, a su vez, otros 50 centímetros (11,24 metros sobre el nivel del mar). Antes de la primera elevación del suelo se había soterrado, en el recinto situado al Sur del muro, una gran cisterna, de la cual pudimos descubrir, hasta 1987, solamente los grandes bloques de cubierta, de piedra caliza (lám. 2). No obstante, esta cisterna, que penetra profunda-



*Lam. 1.—Cartago. Excavación de la Universidad de Hamburgo. Construcciones púnicas en el sector SE.*

mente en los horizontes arcaicos aún sin describir y alcanza el suelo virgen, estaba en uso hasta la destrucción definitiva de la ciudad: después de cada elevación de nivel se procedió a la correspondiente renovación de la boca de la cisterna, hasta llegar a un nivel de 11,88 metros sobre el nivel del mar, es decir pocos centímetros por encima del último suelo de la Cartago púnica, que en este punto se sitúa a 11,84 metros sobre el nivel del mar.

Los fragmentos de cerámica procedentes de las distintas capas de relleno por encima de la cisterna (*lám. 3*), y que siguen siendo la base de la cronología arqueológica, aportaron los indicios necesarios para encajar la construcción descrita en la evolución urbanística del área excavada: el muro de mampostería procede posiblemente de la segunda mitad del siglo V a. C., mientras que la cisterna pertenece más bien al siglo IV.

El muro de sillares a su vez se levanta sobre un paquete de estratos más antiguos y de una potencia de aproximadamente un metro o más. Se trata aquí finalmente de los tan buscados estratos arcaicos de esta ciudad, que en los puntos hasta ahora examinados descansan directamente sobre el suelo virgen, aunque con una excepción: directamente al lado y debajo del muro de sillares se introduce entre las capas arcaicas y el suelo virgen un paquete de estratos compuesto por tierra suelta, que según sus escasos fragmentos de cerámica debe ser adscrito, al parecer, a la facies cultural



*Lám. 2.—Cartago. Excavación de la Universidad de Hamburgo. Bloques de cubierta de una cisterna de la fase medio-púnica en el sector SE.*

pre-cartaginesa, correspondiente a un Bronce Tardío regional y a la época indígena.

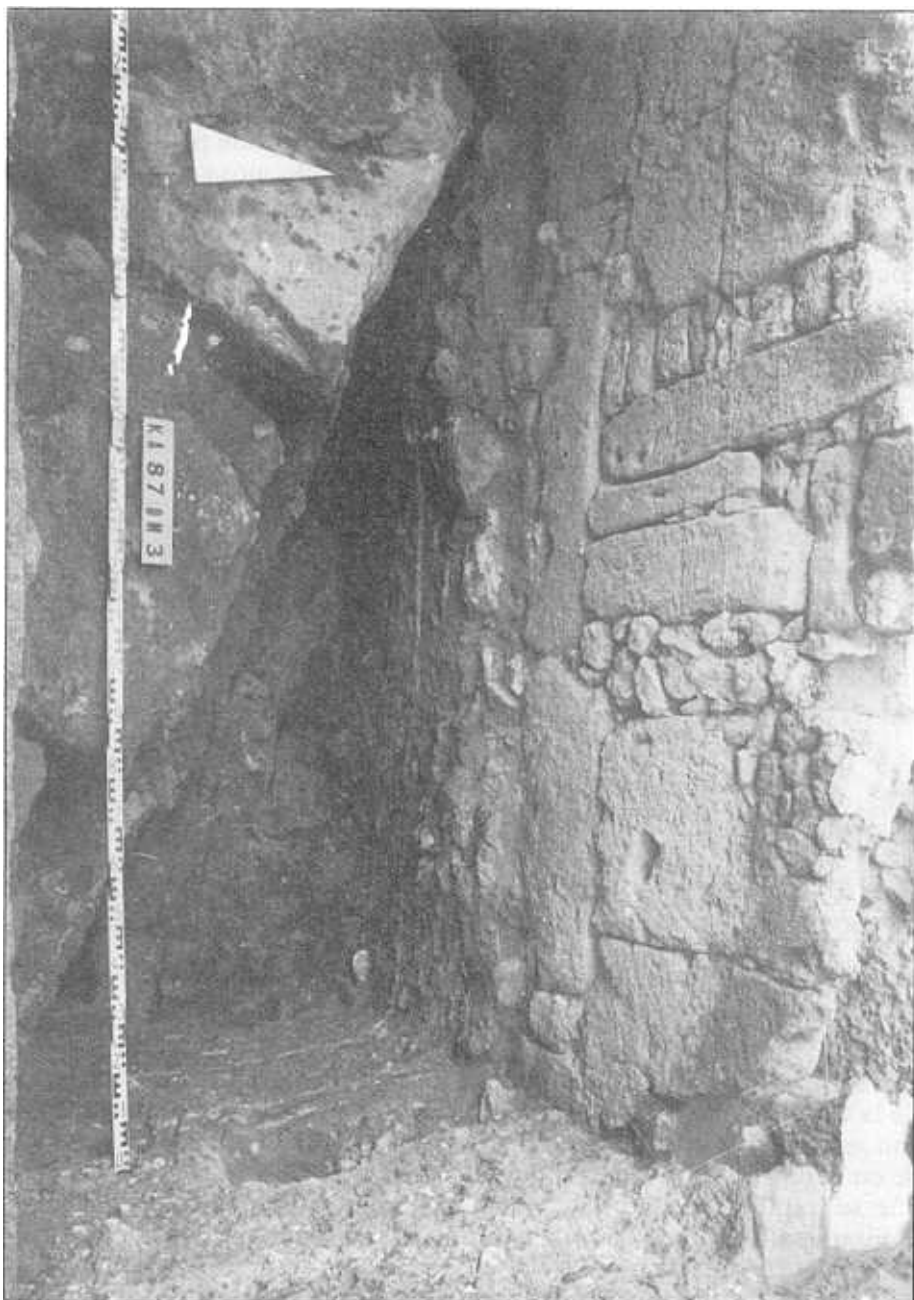
Son cuatro las capas arcaicas que se han observado por debajo de aquel muro de sillares; tres se pueden documentar en otra parte del área de la excavación. Sin duda alguna se trata de estratos de poblado, ya que demuestran la composición típica al respecto, humosa y saturada de abundantes fragmentos de cerámica y huesos. Estos estratos están perfectamente separados entre sí por estrechos horizontes de suelo, compuestos por arcilla calcárea apisonada de color claro. A dichos estratos pertenecen construcciones de adobe, de las cuales se conservan a veces varias hileras



*Lám. 3.—Cartago. Excavación de la Universidad de Hamburgo. Fragmentos de cerámica de los siglos V/IV a.C. procedentes de rellenos de época tardo-púnica.*

con su revoque original (*lám. 4*): ¡Por fin nos encontramos ante los restos de la Cartago arcaica, que se habían buscado desde hace generaciones! Y con seguridad se trata de los hallazgos típicos de un poblado de la calidad de ciudad, y que son hasta ahora los más antiguos —y únicos en cuanto a que se trata de una superficie algo extendida— de este importantísimo asentamiento en la costa norteafricana, por no decir en todo el área occidental del Mediterráneo.

Después de sólo tres campañas de excavaciones, la extensión de las capas arcaicas descubiertas es aún poco importante y, por ello, es seguramente demasiado temprano para preguntar por la organización arquitect-



Lám. 4.—Cartago. Excavación de la Universidad de Hamburgo. Restos de construcciones arcaicas de adobe, en el sector SE.

tónica y urbanística <sup>14</sup>. Pero por lo menos se ha podido constatar que todos los muros arcaicos muestran exactamente la misma orientación, mientras que el muro de sillares, construido en la época medio-púnica, se desvía en algunos grados. Sólo los muros del período tardo-púnico/helenístico vuelven a la antigua orientación.

En el marco de nuestro pequeño catálogo de cuestiones, hay que dedicar especial atención al espectro de los hallazgos de cerámica procedentes de los estratos arcaicos (*lám. 5*). Según se puede apreciar hasta ahora, éste corresponde, en su composición y tipología, a lo que conocemos también de otros asentamientos fenicios de los siglos VIII a VI a. C. situados en la costa mediterránea: predominan las formas sencillas, de superficie poco cuidada, pero también encontramos la característica cerámica «Red Slip» y la igualmente típica «Cerámica policroma». En cuanto a la cronología, sin embargo, los fragmentos de vasijas importadas de Grecia siguen siendo el más seguro «fósil conductor». En este contexto son de gran ayuda sobre todo varios fragmentos de cótiles subgeométrico-protocorintios que proceden de la capa arcaica superior y más reciente, la cual hay que datar, por tanto, al final del siglo VIII o, a la vez, ya en el primer cuarto del siglo VII a. C.

Llama la atención que en la estratigrafía de la excavación faltan hasta ahora estratos de finales del siglo VII y del siglo VI, aunque cerámica correspondiente se encuentra en las capas de aplanamiento del siglo V a. C. De ello se puede concluir que los estratos de hábitat del siglo VI a. C. habían sido retirados antes de que se emprendiera, en el siglo V o los comienzos del siglo IV a. C., la reorganización del terreno que obviamente afectó a los restos constructivos antiguos. Esta conclusión coincide perfectamente con los resultados conseguidos por la excavación alemana en la zona costera: aquí, Rakob había observado por primera vez una remodelación urbanística fundamental del área de la ciudad en el siglo V <sup>15</sup>.

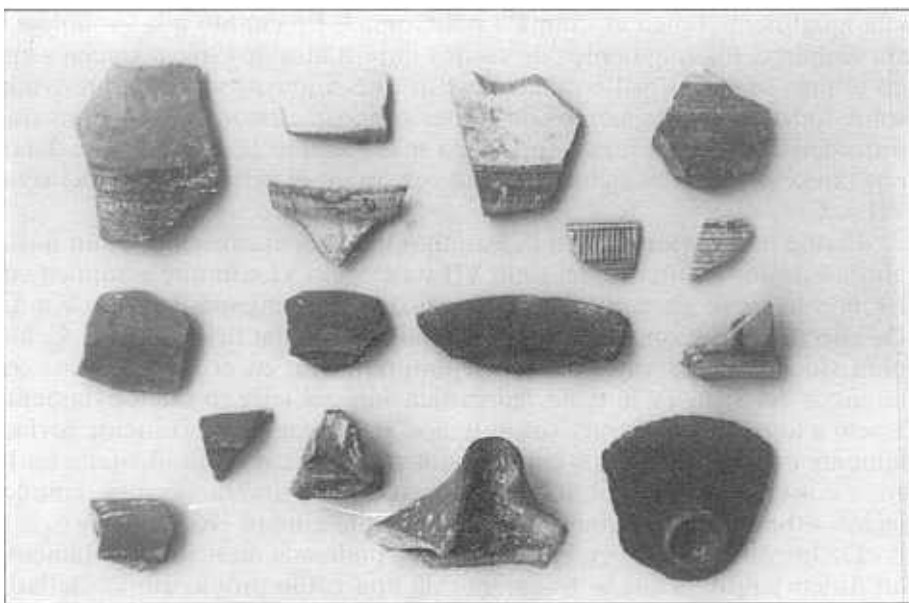
De los estratos arcaicos más antiguos podemos mencionar solamente un único y muy pequeño fragmento de una cótila protocorintia, hallado en el estrato segundo contando desde abajo. La capa inferior, es decir la primera del asentamiento fenicio detectada hasta ahora en el terreno excavado por nosotros, carece por completo de piezas importadas comparables, al menos en ese sector muy reducido. Resulta ciertamente seductor, a pesar de que se trata de una base estadística mínima, convertir este incidente en una confirmación de la tradicional fecha de fundación de Cartago al

14. La tercera campaña de excavaciones, que se realizó del 20 de octubre hasta el 30 de noviembre de 1988, tuvo por objetivo ampliar el área a disposición y averiguar la secuencia de las construcciones medio y tardopúnicas. La estratigrafía inferior arcaica quedó sin tocar en su mayor parte, menos un pozo arcaico que, sin embargo, a una profundidad de 6 m. no se termina todavía.

15. V. Fr. Rakob, «Deutsche Ausgrabungen in Karthago. Die punischen Befunde», *Mitteilungen des Deutschen Arch. Inst., Röm. Abt.* 91 (1984), pp. 5-12.

final del siglo IX a. C., pero con ello traspasaríamos por cierto los límites de lo que permiten los métodos científicos. Por el momento podemos afirmar solamente con cierta seguridad que los estratos de poblado más antiguos, documentados en el área de la excavación, pertenecen por lo menos a la segunda mitad del siglo VIII a. C. Para poder ofrecer fechas más exactas habrá que esperar a los resultados de las nuevas campañas de excavaciones que están en proyecto (v. n. 14).

Finalmente, las tres primeras campañas de la universidad de Hamburgo (*lám. 6*) han aportado entre sus resultados otro dato esencial: la indicación de la extensión considerable y con ello del rango de ciudad que ya en aquel entonces poseía el asentamiento arcaico fenicio de Cartago.



*Lám. 5.—Cartago. Excavación de la Universidad de Hamburgo. Fragmentos de cerámica fenicia, griega y etrusca de los siglos VIII/VII a.C., procedentes de los estratos arcaicos.*

El lugar de la excavación dista unos 290 metros de la línea costera arcaica, pero según parece no está situado ni en una zona periférica ni en la cercanía inmediata de los lindes o de una muralla de la ciudad. Para trazar más exactamente el recorrido del límite del poblado hay que tomar en consideración las observaciones siguientes:

— Los sondeos realizados por Fr. Rakob simultánea y posteriormente a nuestras exploraciones dieron por resultado que excavaciones profundas pueden encontrar estratos arcaicos aún a unos 350 metros al Nordeste («rue Sophonisbe»), así como hasta 450 metros al Sur del Decumanus



Maximus, lo que equivale a una extensión total de por lo menos 800 metros a lo largo de la costa.

— En cuanto a la extensión hacia la colina de la Byrsa, es decir el interior del país, coincidimos con S. Lancel y Fr. Rakob cuando indican que las sepulturas y necrópolis de la época arcaica muy probablemente se encontrarán, según la tradición, «extra muros»<sup>16</sup>.

Sin poder verificar ahora los detalles, deja deducirse de los parámetros antes citados que el área urbanizada de la ciudad primitiva ocupaba una superficie de unas 40 hectáreas, una superficie siete veces mayor que la de la ciudad tardogeométrica de Esmirna, que es una de las pocas ciudades griegas históricamente importantes de cuya imagen en sus comienzos nos podemos hacer una idea gracias a la excelente reconstrucción realizada por los excavadores ingleses<sup>17</sup>. Ya esta comparación indica claramente que entre las primitivas ciudades mediterráneas, Cartago tiene que haber ocupado una posición especial, una tesis a cuyo favor se pueden aducir además otros argumentos.

Primero han de mencionarse aquí las fuentes escritas que se refieren a los comienzos de la ciudad: no puede ser mera casualidad que el caso de Cartago sea el único entre los numerosos asentamientos fenicios en el Mediterráneo occidental para el cual se nos ha transmitido una leyenda sobre su fundación. El núcleo histórico de esta leyenda, adornado con rasgos románticos y de fábula, ofrece la clave para la comprensión del rango especial de Cartago —lo que más tarde se podrá detectar en la destacada importancia histórica de la ciudad. La leyenda comienza con la querrela entre Elissa (la Dido de Virgilio) y su hermano menor Pumai/Pigmalión, los hijos del rey Mattan/Mettenos de Tiro, que muere antes de que sus herederos hayan alcanzado la mayoría de edad. Elissa, la hermana mayor, casada con el sumo sacerdote de Melcart, se hace cargo primero de una especie de regencia. Pasado algún tiempo, Pumai reclama sus derechos como heredero masculino de la Corona—. Hasta aquí los pormenores de la leyenda pueden ser novelescos, pero los acontecimientos descritos a continuación tienen visos de ser hechos históricos auténticos: la aristocracia de Tiro se divide en dos bandos, de los cuales uno defiende los intereses de Elissa. En un momento oportuno, este grupo se apodera de la flota mercantil que acaba de llegar de una larga travesía, se embarca primero hacia Chipre para buscar refuerzos y continúa luego rumbo a Cartago, donde los fugitivos son acogidos por los fenicios del asentamiento antiguo de Utica y también por la población autóctona<sup>18</sup>.

16. V. F. Rakob, «Zur Siedlungstopographie des punischen Karthago», *Mitteilungen des Deutschen Archäologischen Instituts, Röm. Abt.*, 94 (1987) pp. 333 - 349 fig. 2.

17. J. M. Cook, «Old Smyrna, 1948 - 1951», *The Annual of the British School at Athens* 53/54 (1958/59), p. 15 fig. 3.

18. V. la excelente regrupación y análisis de todas las fuentes al respecto en el libro de G. Bunnens, *loc. cit.* (n. 2), esp. pp. 303-313; 368-374.



*Lám. 6.—Cartago. Excavación de la Universidad de Hamburgo. Panorama general al final de la campaña de 1988.*

Los amores trágicos entre Dido y Eneas, el capítulo siguiente de la historia de la ciudad y al mismo tiempo la concentración mítica del conflicto entre Oriente y Occidente, no han de volver a ocuparnos. Para nuestros propósitos es de mucho mayor importancia lo que la leyenda de Dido nos cuenta con respecto a la organización social de los primeros pobladores de Cartago. Al contrario de lo que ocurre en casi todos los demás asentamientos fenicios del Mediterráneo central y occidental, en el caso de Cartago podemos suponer un grupo étnico variado y completamente estructu-

rado, al que pertenecen no sólo agentes mercantiles, administradores de almacenes, mercaderes, marineros, soldados y esclavos, sino también una fuerte clase dirigente de aristócratas. Sólo una clase aristocrática, a su vez seguramente estructurada en sí, era capaz de desplegar la dinámica política que iba a ser decisiva para la posterior evolución de la ciudad de Cartago. Al parecer, sólo Cartago poseía la fuerza demográfica necesaria para llegar a formar, en las épocas tardoarcaica y clásica del antiguo mundo mediterráneo, uno de los primeros Estados territoriales, como los que formaron por ejemplo Siracusa y más tarde Roma.

Otros indicios más acerca de la posición privilegiada de esta ciudad nos suministran la geografía y la topografía náutica. A primera vista, la ubicación de la ciudad parece corresponder al modelo «típico» de todos los asentamientos fenicios, ya que se halla en una lengua de tierra vastamente introducida en el mar, bien protegida hacia la tierra firme y orientada hacia el comercio marítimo con tierras lejanas. Pero esta situación geográfica ofrece además una peculiaridad: el acceso libre a un vasto «hinterland» con llanuras fértiles, cuyos abundantes sobrantes agrícolas aseguraban todavía durante la época imperial el abastecimiento de Roma, convirtiendo el Africa Proconsularis en el granero del Imperio Romano. Al mismo tiempo Cartago contaba con una situación portuaria especialmente favorecida por la naturaleza, ya que se encontraba casi exactamente a medio camino entre la costa de Levante y las Columnas de Hércules en la gran ruta comercial fenicia. «A tres puertos seguros conosco en el Mar Mediterráneo, a saber: Juno, Julio y Cartago», debe haber dicho el duque Andrea Doria (1468-1560); como almirante de la flota veneciana de galeras, sabía seguramente de lo que hablaba<sup>19</sup>.

Había, pues, muchas razones, con gran probabilidad conocidas precisamente por los navegantes, que invitaron a los fugitivos de Tiro a establecerse en Cartago, y seguramente había otras tantas razones más que explican por qué justamente esta ciudad iba a ocupar una posición tan sobresaliente entre las fundaciones fenicias en las costas del Mediterráneo.

#### 4.

Estas reflexiones nos han llevado finalmente a tomar en consideración el contexto histórico amplio dentro del cual el tema de la Cartago arcaica constituye solamente un problema parcial, aunque de especial importancia: la expansión fenicia en el Mediterráneo durante la llamada segunda Edad de Hierro —por utilizar una vez el término prehistórico—, es decir, durante los primeros siglos del último milenio ante Cristo. Después de que la investigación arqueológica e histórica experimentara en los últimos

---

19. V. F. Braudel - G. Duby - M. Aymard, *Die Welt des Mittelmeeres*, ed. por F. Braudel (Frankfurt 1987), p. 48.

25 años un sensacional auge en esta dirección, y habiéndose multiplicado nuestros conocimientos y el número de los vestigios arqueológicos, se observa actualmente un esfuerzo general encauzado a la sistematización de lo conseguido para presentarlo a un nivel más generalizado. Este afán se traduce en simposios internacionales, congresos y últimamente también en exposiciones así como en la publicación de manuales y compendios<sup>20</sup>.

El proceso histórico de la expansión fenicia abarca, partiendo de Levante y pasando por Chipre, el Mar Egeo, el área central y occidental del Mediterráneo y también las costas atlánticas al otro lado del Estrecho de Gibraltar, es decir, todo el mundo antiguo. En su evolución de Este a Oeste, este proceso histórico adopta distintos aspectos, según el respectivo campo de intereses de los fenicios, pero también según las diferentes culturas contactadas y su estado de desarrollo. Sin embargo, alrededor de la mitad del siglo VIII a.C. y más que nada en el área central del Mediterráneo, otro movimiento de expansión, mucho más dinámico, se sobrepone a ello: hablo de la colonización griega de Sicilia y de la Italia meridional.

En este contexto quisiera subrayar sobre todo dos aspectos del fenómeno: en primer lugar, el problema de la cronología, que se debe enfocar según la diversidad de los niveles culturales. Con respecto a la Grecia y al Egeo en general hay que destacar que al contrario de la época de Beloch, cuyo artículo del año 1894 ya cité al principio, en la actualidad se han documentado en el Mar Egeo diversas piezas fenicias de importación incluso del siglo XI a.C., aparte de la presencia masiva de artículos de lujo y prestigio desde el siglo X y sobre todo desde principios del siglo IX; finalmente se han descubierto vestigios incluso de varios talleres fenicios, dedicados a la elaboración de joyas y perfumes. Tales asentamientos, enmarcados dentro de poblados o ciudades indígenas de mayor extensión, corresponden al concepto urbanístico griego de los «enoikismoi». Lugares característicos para este tipo de yacimiento arqueológico son Lefkandi en la isla de Chalkis y Knossos en Creta, aparte de Atenas<sup>21</sup>. Según destacó J.N. Coldstream hace ahora diez años, todos estos hallazgos son anteriores a los más tempranos asentamientos griegos en la costa de Levante, como por ejemplo Al Mina, Tell Sukas y Ras el Basit. Pero a pesar de que

20. Al lado de la gran exposición en el Palazzo Grassi en Venecia en 1988: S. Moscati, *I Fenici* (Milano 1988), cabe mencionar la exposición *Les Phéniciens et le monde méditerranéen* en Bruselas 1986. - Una síntesis utilísima fue últimamente publicada por M.E. Aubet, *Tiro y las colonias fenicias de Occidente* (Ediciones Bellaterra, Barcelona 1987).

21. V. J.N. Coldstream, «Greeks and Phoenicians in the Aegean», en: *Phönizier im Westen. Die Beiträge d. Internat. Symposiums über «Die phönizische Expansion im westlichen Mittelmeerraum» in Köln vom 24.-27 April 1979*, ed.p. H.G.Niemeyer (Mainz 1982, = Madrider Beiträge Bd.8) pp. 261 - 275. Más reciente: M.R. Popham, E. Touloupa, L.H. Sackett, «Further excavation of the Toumba Cemetery at Lefkandi, 1981», en: *The Annual of the British School at Athens 77* (1982), pp. 213-148; J.N. Coldstream, «Kition and Amathus: Some Reflections on their Westward Links during the Early Iron Age», en: *Acts of the International Archaeological Symposium «Cyprus between the Orient and the Occident» Nicosia, 8-14 September 1985* (Nicosia 1986), pp. 321 - 329.

las más antiguas importaciones griegas en la metrópoli fenicia se pueden datar actualmente en la segunda mitad del siglo X a.C. — así, por ejemplo, una fuente de cerámica euboica decorada con semicírculos colgantes, procedente del estrato X de Tiro<sup>22</sup>, todo parece indicar que no fueron los griegos mismos quienes se llevaron en sus tempranas travesías estas lujosas o a veces simplemente curiosas piezas exóticas de Oriente, cosa que creyeron los arqueólogos clásicos (y sobre todo los alemanes!) durante una época particularmente filohelénica. En la actualidad podemos suponer con buenas razones que fueron más bien los fenicios, aquellos mercaderes experimentados, eficaces y dúctiles, aquellos pioneros intrépidos del comercio a distancia, quienes acercaron el Oriente al Occidente. Ya Heródoto lo entendió de esta manera (Heródoto I.1), y también en las obras de Homero, los «Sidonioi» están descritos como comerciantes astutos. Siempre era posible que algún que otro griego tomara parte en sus transacciones en plan de «joint venture», pero esto no cambia para nada el hecho en sí. Y también resulta sintomático que en una de esas empresas conjuntas el socio griego, en este caso el astuto Ulises, es víctima de un terrible engaño por parte de su socio fenicio (Odisea 14, 285ss.)

Durante esta época se va gestando el ascenso de la Grecia de los «siglos oscuros» hacia el mundo de la «polis» griega. Pero todavía la sociedad griega sigue siendo una sociedad agraria<sup>23</sup>. El caso de los fenicios es distinto: hace mucho que viven en ciudades, que por lo demás habían salido prácticamente indemnes de la llamada catástrofe de los pueblos del mar, acaecida al final de la Edad de Bronce. Según documentan ahora también los testimonios arqueológicos, los fenicios amplían en el siglo XI, a más tardar, su radio de acción hacia Occidente. Al principio, sin embargo, las culturas con las cuales entran en contacto no acusan apenas, en su legado material, esta nueva influencia. Ello se puede explicar a base de las siguientes observaciones: los arriba mencionados hallazgos de Lefkandi, Knossos y Atenas proceden todos de ricas sepulturas principescas. Ciertamente documentan la existencia de estrechas relaciones comerciales, pero solamente entre los fenicios y la aristocracia griega, que guardaba celosamente estas exóticas importaciones de lujo como propiedad particular y objetos de prestigio personal; a lo sumo estaban dispuestos a intercambiarlas con personas de su misma categoría social y se las llevaban a sus sepulcros como ajuar. Este «exclusivismo sociológico» parece ser el origen del hecho de que las primeras importaciones orientales al principio no dejaron ninguna huella en el arte indígena<sup>24</sup>.

22. V. A. Nitsche, en: *Hamburger Beiträge zur Archäologie* 13/14 (1986/87), en prensa.

23. Con razón este aspecto fue subrayado, recientemente, por A. Snodgrass, *An Archaeology of Greece* (University of California Press 1987, = Sather Classical Lectures, Vol. 53), pp. 170 -210.

24. V. Niemeyer loc. cit (n.12), pp. 62 - 72: ya en el siglo VIII a. C. el panorama ha cambiado bastante, como destaca I. Kilian-Dirlmeier, «Fremde Weinungen in griechischen Heiligtümern vom 8. bis zum Beginn des 7. Jahrhunderts v.Chr.», *Jahrbuch des Römisch-Germanischen Zentralmuseums Mainz* 32 (1985), pp. 215 - 254.

Pero las relaciones comerciales entre Levante y Occidente llegan más lejos y se documentan incluso bastante antes que los primeros asentamientos fenicios en Occidente. Estas primeras relaciones se manifiestan, en forma de importaciones fenicias, por ejemplo en las sepulturas enotrias de Francavilla Marittima, o en una fuente de bronce oriental que pertenece al «tesoro» del Bronce Final descubierto en Berzocana en Extremadura; luego en la adopción de técnicas y formas fenicias en distintas clases de cerámica itálica —como el «Impasto rosso»— y finalmente, en la presencia de motivos orientales como los escudos con escotadura, que se observan en las primeras estelas funerarias con decoración incisa del Sudoeste de la Península Ibérica, por citar sólo algunos pocos ejemplos. Cronológicamente coinciden con asombrosa exactitud con las expediciones comerciales citadas en el Primer Libro de los Reyes del Antiguo Testamento, llevadas a cabo juntos por Hiram y Salomón, con intervalos de varios años, y cuyo destino era Tarshish (I. Reyes 10,22 etcétera), que hoy día podemos identificar con toda seguridad con la histórica Tartessos, situada en el Sur de la Península Ibérica<sup>26</sup>. En ambos casos se persigue el mismo fin, que son los yacimientos de minerales de Etruria, Cerdeña y principalmente de la Península Ibérica.

Hasta ahora hemos hablado de los testimonios arqueológicos de los comienzos del comercio fenicio a distancia, los cuales van escaseando a medida que se va mirando más hacia Occidente. Además, parece que en su mayoría son posteriores a los del Mar Egeo. Pero del mismo modo como estas tempranísimas importaciones orientales marcaron allí, como «Keimelia», el ascenso de la aristocracia hacia niveles más altos de poder y riqueza, sirvieron en el horizonte tardío de Villanova en Etruria o en Tarsessos, es decir en la actual Andalucía, a los príncipes y caciques indígenas para demostrar su autoridad y su reivindicación del mando en el curso de la creciente diferenciación social. Tanto aquí como allá, son parte constituyente de aquello que, en la conferencia que pronuncié en memoria de Theodor Mommsen en 1983 en Maguncia, llamé «el primer estrato histórico» de la expansión fenicia. —Lamentablemente, este tipo de hallazgos suele ser sólo esporádico, y por ello resulta tan difícil justificar, en el Oeste del Mediterráneo, datos cronológicos exactos para este estrato, al contrario de lo que ocurre en el Egeo.

Esta situación no varía sino cuando los fenicios comienzan a establecerse definitivamente en lugares especialmente elegidos, cuya ubicación favorece el tráfico por vía marítima y de superficie. Ahora se han de recordar aquellas antiguas fuentes escritas, según las cuales fundaron, ya al fi-

---

25. V. M. Koch, *Tarschisch und Hispanien: histor.-geograph. u. namenkundl. Unters. zur phönik. Kolonisation d. iber. Halbinsel* (Berlin 1984, = Madrider Forschungen Bd. 14). J.G. Chamorro, «Survey of archaeological research on Tartessos», *American Journal of Archaeology* 91 (1987), pp. 197-232.

nal del segundo milenio ante Cristo, tres asentamientos fenicios en el Oeste. En los tres casos, sin embargo, la comprobación arqueológica de las fuentes ha aportado o ningún dato o datos negativos: así en Utica, que está enterrado a mucha profundidad debajo del terreno de aluvión de Medjerda, el antiguo Bragadas, y donde las sepulturas conocidas más antiguas datan sólo de principios del siglo VII o de finales del VIII a.C; así en Lixus, donde se supone que el poblado más temprano está cubierto, igual que en caso anterior, por sedimentos del Loukkos y cuyos hallazgos proceden, más o menos, de la misma época; finalmente hay que mencionar Cádiz, la Gadir fenicia, donde nuestros colegas y amigos que se encargan del cuidado de los monumentos arqueológicos locales con una actividad y eficacia admirables, han podido aportar el resultado bien fundamentado de que la existencia de esta fundación fenicia, tal vez la más importante después de Cartago, se puede atestiguar sólo para un tiempo posterior a 775/750 a. C.<sup>26</sup>. —Esta situación cronológica encuentra su confirmación en los resultados obtenidos en una serie de otros yacimientos arqueológicos en el Sur de la Península Ibérica. Tres de estos yacimientos nos sirven de ejemplo<sup>27</sup>:

- Morro de Mezquitilla: «antes de 750 a. C.» (según Schubart);
- Almuñecar (Sex): «finales del siglo VIII A. C.» (según Pellicer);
- Toscanos (Mainake?): «posterior a 750 a. C.» (según Niemeyer).

Por supuesto que todas estas fechas están sujetos a oscilaciones más o menos intensas, y para su valoración hay que proceder con mucha precaución, ya que dependen de datos cronológicos obtenidos en Oriente, los cuales, a su vez, han sido puestos en duda últimamente: así, por ejemplo, por los resultados conseguidos en las excavaciones de los colegas franceses en Tell Abu Hawam, y finalmente, por la revisión de la cronología de Tiro propuesta por Patricia Bikai<sup>28</sup>. Por lo demás, en el ámbito del siglo VII se pueden encajar también los hallazgos más antiguos procedentes de los asentamientos fenicios de Sulcis y Tharros en Cerdeña así como de Motye al Oeste de Sicilia<sup>29</sup>.

26. En lo que se refiere a la problemática de la cronología, un juicio muy bien equilibrado se lee de M. Bendala Galán, en su aportación «Cadiz: la ciudad antigua», al volumen: *El Estrecho de Gibraltar, Congreso Internacional Ceuta 1987* vol. I (Madrid 1988), pp.55 - 70, cf. especialmente p.65s.; *ibid.* pp.357ss. J.C.Martin de la Cruz en su aportación: «Problemas de navegación en el estrecho de Gibraltar a finales del segundo milenio a.C.» puede comprobar que sólo en el siglo VIII a.C. los Fenicios pasaron como los primeros por el Estrecho.

27. V. varias aportaciones al volumen *Homenaje a Luis Siret (1934 - 1984)* (Sevilla 1986), y especialmente H. Schubart - O. Arteaga, *El mundo de las colonias fenicias occidentales*, pp. 449 - 525.

28. Cf., de próxima publicación, el trabajo de Andreas Nitsche, *cit. supra* n. 22.

29. Convencido parece también A. Snodgrass, *loc. cit.* pp 60s.

## 5.

Si con respecto a la pregunta por la cronología de este «segundo estrato histórico» contemplamos los hechos antes mencionados en relación o dentro del marco mayor del Mediterráneo, resulta evidente que la explotación de las factorías fenicias en el Mediterráneo central y occidental nos revela, como ya dijimos antes, un fenómeno histórico más o menos contemporáneo a la colonización griega en el Oeste.

Dejando aparte las condiciones especiales que se dieron en la fundación de Cartago, surge la pregunta si los establecimientos fenicios de finales del siglo VIII y del siglo VII a.C., fundados en el Mediterráneo, debían servir justamente para consolidar y asegurar por vía pacífica aquellas primeras relaciones comerciales arriba referidas. En tal caso, sin embargo, y al contrario de las ciudades griegas en Sicilia y Italia del Sur, estas factorías entonces hubieran correspondido más bien al modelo oriental de «Karum», en consonancia con las fuertes y persistentes tradiciones del Bronce que pervivían en la cultura fenicia<sup>30</sup>.

Un factor característico de esos establecimientos es la falta de una «chora», es decir que no intentaron conseguir el dominio de un «hinterland», limitándose a perseguir sus intereses económicos y mercantiles desde sus asentamientos, cuidadosamente elegidos por su favorable situación geográfica y estratégica, que sabían aprovechar para su comercio. No es de extrañar, pues, que las fuentes históricas las mencionen sólo en contadas ocasiones. En una época cuando la expansión demográfica en la Grecia resurgida causó el movimiento colonizador, que llegó a helenizar Sicilia y el Sur de Italia más o menos por la fuerza, las factorías fenicias tal vez ya no fueran otra cosa que un puro anacronismo.

Por otra parte, no será casualidad que en Pithekussai, en la actual Ischia, cuya fundación es anterior a la sobremencionada «ocupación» del Occidente por los griegos, eubeos y fenicios parecen haber convivido pacíficamente, como pudo demostrar G. Buchner en sus excavaciones. Según la opinión unánime, este poblado griego empezó siendo un asentamiento orientado hacia fines mercantiles<sup>31</sup>.

Dentro del marco de la expansión fenicia en el área del Mediterráneo occidental, Cartago fue por tanto un caso especial, y por la historia de su fundación más bien se parecía a las colonias griegas. En cuanto a las demás factorías fenicias en el Mediterráneo occidental, tal vez con la única

---

30. No se paragonan con exactitud, ya que el «Karum» se sitúa en el contexto espacial de una ciudad existente mientras las factorías se establecen en la «diáspora» de países bárbaros, cf. Fr. Kolb, *Die Stadt im Altertum* (München 1984), pp. 46 - 57. Para las formas del comercio «primitivo» ver, últimamente, J. Renger, «Patterns of Non-institutional Trade and Non-commercial Exchange in Ancient Mesopotamia at the Beginning of the Second Millenium B.C.», *INCUNABULA GRAECA*, vol. LXXXII (Rom 1984), pp. 31 - 124.

31. Ver la opinión, por ejemplo, de J. Boardman, *The Greeks Overseas*<sup>3</sup> (1980), pp. 163 - 168.



excepción de Gádir, que logró conservar cierta independencia política hasta la época imperial, se nos vuelve a plantear la pregunta por otro modelo de asentamiento que no fuese el griego.

Este modelo lo encontramos en el yacimiento arqueológico de Toscanos, situado cerca de Torre del Mar en la costa meridional española, en la orilla occidental del Río de Vélez<sup>32</sup>. Este asentamiento fenicio, que se estableció en el tercer cuarto del siglo VIII a. C., existió durante aproximadamente 150 años. En la parte central del poblado, los excavadores detectaron viviendas compuestas por varias habitaciones, correspondientes a las dos primeras fases del hábitat, cuando la estructuración urbanística se hizo cada vez más densa. A continuación, en la tercera fase que coincide con las postrimerías del siglo VII, se edifica entre las viviendas, en un espacio dejado libre hasta entonces, uno de aquellos almacenes de los que tantos tienen que haberse encontrado en cada factoría fenicia del Mediterráneo. Se ha podido comprobar que la bahía en forma de fiordo del Río de Vélez poseía entonces un muelle fortificado. Hacia el Oeste, el asentamiento estaba protegido por un sistema defensivo que transcurría de Norte a Sur, y del cual se ha observado una fosa en forma de «V» con un ángulo de talud de casi exactamente 45°.

Bastante tiempo más tarde, entre finales del siglo VII y principios del VI a. C., el centro del poblado experimenta una remodelación que afecta también a su límite occidental y con ello, a la fosa. Aquí se levanta ahora una importante construcción de sillares, que lamentablemente fue gravemente dañada por la reutilización de las piedras y otras modificaciones en la primera época imperial. Como importante indicio para la clasificación cronológica de esta construcción hay que mencionar el peculiar amohadillado de los sillares, que se observa también en la arquitectura monumental, influida por tradiciones fenicias, de la época de los reyes israelitas. Se supone que hacía ya algún tiempo que el asentamiento se había extendido hacia el Oeste y el Norte sobre las colinas contiguas cercanas a la costa. En la falda del Cerro del Peñón se han encontrado un horno, probablemente una forja de hierro (¿o también para la elaboración de cobre?), escoria, restos de fundición y toberas, que demuestran que en el siglo VII a.C., la producción de hierro —en este caso se trata de un taller de los más antiguos documentados hasta ahora en la Península Ibérica— debe haber tenido cierta importancia para este poblado.

Habrá que preguntarse hasta qué punto el poblado fenicio de Toscanos, que acabo de describir brevemente, corresponde a los criterios citados:

---

32. H.G.Niemeyer, «Die phönizische Niederlassung Toscanos: eine Zwischenbilanz», en: H. G. Niemeyer (Hrg.), *Phönizier im Westen* (vgl. Anm. 21), pp. 185 - 206. Id., «El yacimiento fenicio de Toscanos: balance de la investigación 1964 - 1979», en: *Huelva Arqueológica* VI (1982), pp. 101 - 130. Id., «El yacimiento fenicio de Toscanos: urbanística y función», *Aula Orientalis* 3 (1985), pp. 109 -126.

— No hay ninguna duda sobre su unidad topográfica y administrativa. Tanto el sistema defensivo más antiguo y estrecho como la muralla posterior que abarcaba también al Cerro del Alarcón y al Cerro del Peñón, dotaban al poblado de un marco sólido:

— El número de habitantes se puede calcular sólo aproximadamente: El área rodeada por la muralla arriba mencionada cubría una superficie de entre 12 y 15 hectáreas. Si partimos del hecho de que sobre todo las faldas del Peñón fueron utilizados para instalaciones industriales, y que solamente en el área central se ha podido documentar hasta ahora un poblamiento denso, el número de habitantes oscilaría entre 1000 y 1500. Este número se acerca más o menos al mínimo de habitantes que todavía permite hablar de una ciudad.

— La cuestión por la distribución del trabajo es más difícil de contestar: Sólo auténticos artesanos pueden haber construido aquellos hornos y haber forjado el hierro y el cobre. Aparte de ello, hay indicios de que se producía púrpura. Gracias a observaciones osteo-arqueológicas, como por ejemplo del creciente tamaño del ganado vacuno y la existencia de verdaderas marcas carniceras, se ha podido comprobar que había también otras actividades profesionales, en especial la cría y matanza de reses así como la distribución de la carne.

De estos datos de la investigación arqueológica se desprende que en el yacimiento de Toscanos, los habitantes conocían la distribución del trabajo, la diferenciación social y la administración central. A pesar de ello, queda sobre el tapete la cuestión sobre la estructuración social de la población: ¿De veras correspondía el conjunto de los pobladores a lo que se entiende verdaderamente por la población de una «ciudad de la Antigüedad» o «polis»? ¿Había realmente una - aunque reducida - capa social superior, capaz de dar a este poblado los dirigentes necesarios? ¿No sería más probable que gobierno y administración se encontrasen en manos de agentes comerciales que, por encargo de los ricos y poderosos comerciantes de la metrópoli fenicia de Levante, se dedicaron aquí a sus negocios por una serie de años? ¿O que estos agentes, una vez enriquecidos, se establecieron en el poblado para siempre, haciéndose enterrar en aquellos - aunque pocos - sepulcros mejor dotados que se han podido documentar?

No obstante, ni en Toscanos ni en ningún otro de los asentamientos del mismo modelo aquí citados, la situación arqueológica nos ha podido informar sobre si allí se conocía un verdadero estilo de vida urbano.

Finalmente hay que hacer constar que a pesar de intensas excavaciones arqueológicas y exploraciones de campo durante los últimos veinte años, no se ha logrado comprobar la gestión de un «hinterland» fenicio, o sea, una «chora» de los asentamientos fenicios en la costa meridional, comparable a los fenómenos de este tipo que se conocen en Sicilia o en el Sur de Italia. Ahora bien: la investigación histórica insiste en que justa-

mente este criterio es constituyente para el concepto de «ciudad» o «polis», y en ello seguramente tiene toda la razón<sup>33</sup>.

Resumiendo todas las observaciones citadas, la conclusión resulta fácil: los asentamientos fenicios del tipo de Toscanos (fig. 3) no pueden ser valorados como fundaciones urbanas al estilo de las colonias griegas en Occidente, sino se trata de establecimientos de carácter enteramente propio.

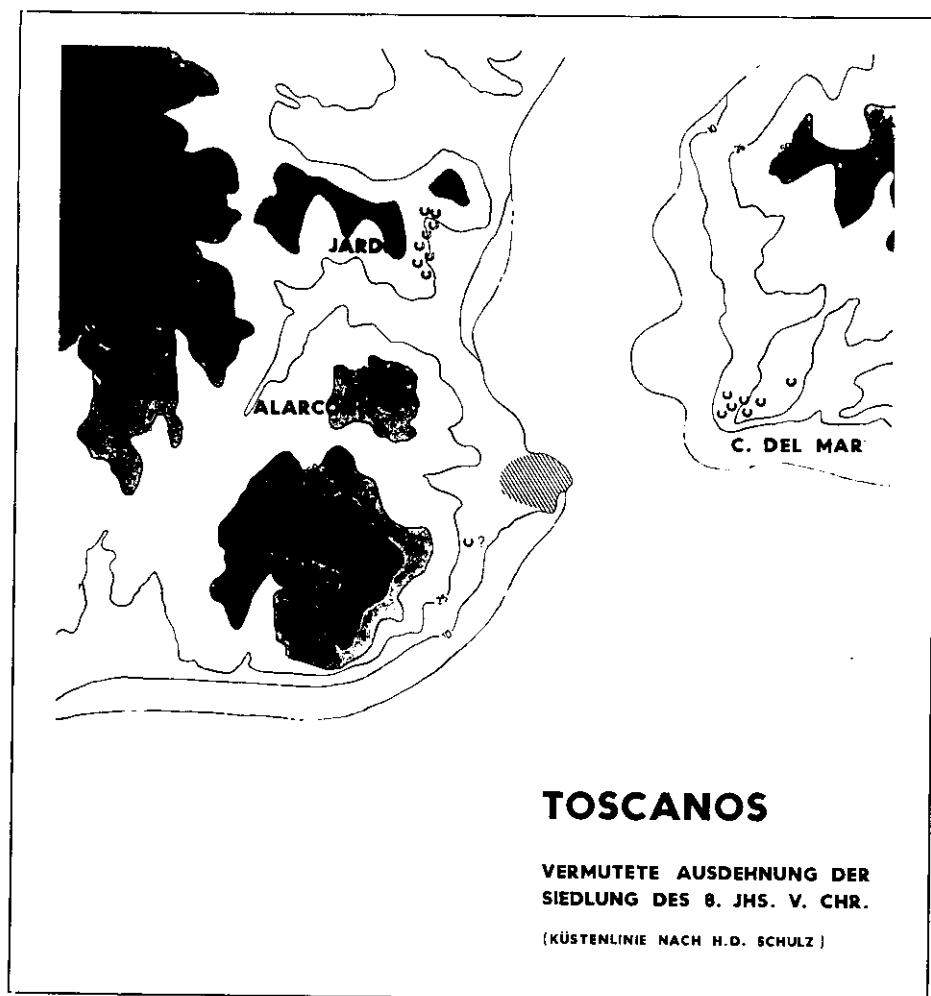
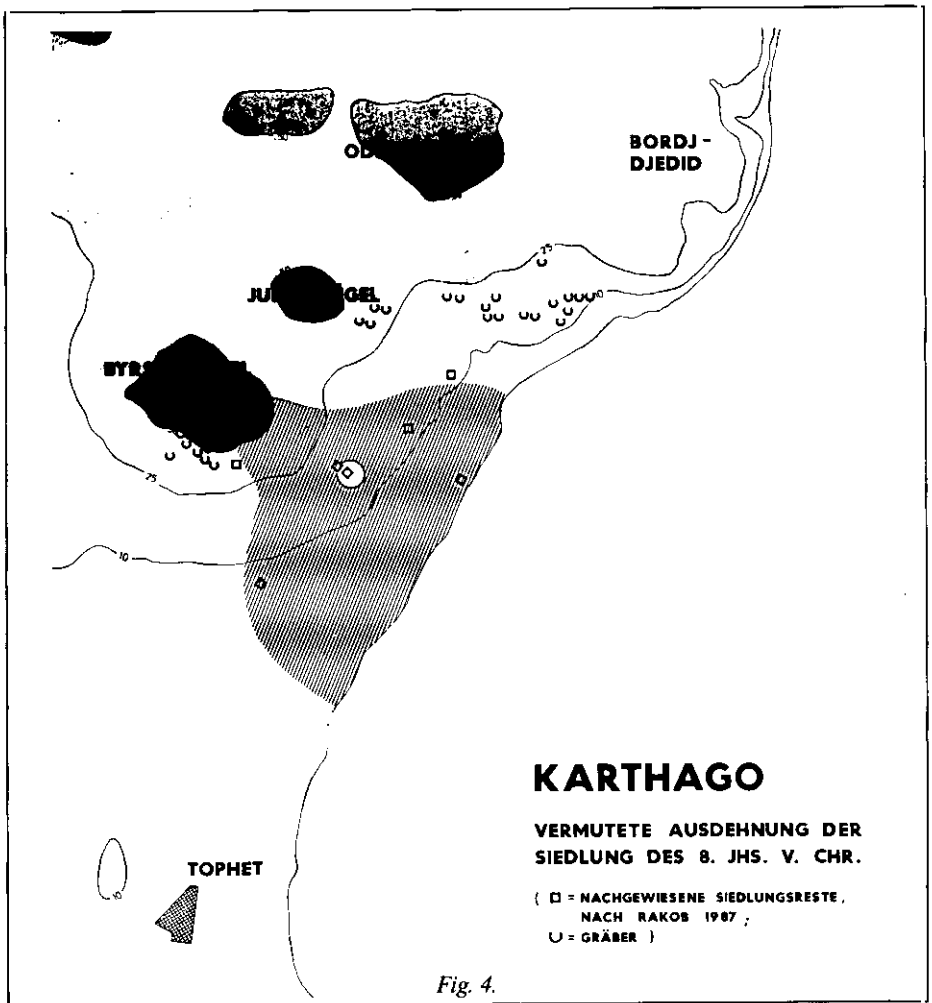


Fig. 3.—Los asentamientos Fenicios de Toscanos y de Cartago (fig. 4) en su marco geográfico, a escala idéntica. La supuesta área del hábitat arcaico está marcada con rallado.

33. V. Fr. Kolb loc. cit., pp. 58 - 112.

¿Y cómo encaja Cartago (fig. 4) en este resultado? Aún considerando la situación en perspectiva amplia, hay que convenir que la cronología es lo único que tienen en común la fundación de la princesa Dido/Elissa y las factorías fenicias, fundadas (¿por encargo del rey?) por mercaderes, oriundos de Tiro, en las costas de las áreas central y occidental del Mediterráneo. Todo lo demás es distinto en Cartago: las intenciones de su fundación, su leyenda, que en este caso única y exclusivamente gira alrededor de la fundación de la ciudad, finalmente el desarrollo de Cartago hasta llegar a convertirse en uno de los polos principales del campo dinámico que era entonces el Mediterráneo, al cual el mundo clásico antiguo, primero los griegos y luego los romanos, se opuso con creciente recelo que



más tarde se transformó en odio mortal, nacido tal vez del miedo por la propia existencia.

En el pasado, los arqueólogos - y no sólo los alemanes - de orientación eurocentrista y filohelénica solían hablar de la cultura fenicio-púnica como de un fenómeno «marginal». Según el estado actual de la ciencia, sin embargo, esta denominación no corresponde a la realidad, ya que demasiado importante es la contribución de este pueblo en el marco del desarrollo histórico de la «koiné» mediterránea, tal como lo concebimos hoy día, junto con Fernand Braudel<sup>34</sup>, al menos con respecto a la Antigüedad: transferencia del «know-how», intercambio de bienes, formas artísticas y modos de vida. La influencia casi imperceptible que podía emanar de las pequeñas factorías fenicias penetró sólo en ocasiones contadas en la consciencia de los coetáneos; la frase que escribe Heródoto al principio del primer libro de su obra histórica es una de esas excepciones. En cambio Cartago, con su buena administración, prosperidad y arrogancia, brilló con luz propia y fue concebida por los demás pueblos al final como inminente amenaza económica y política o, al menos, como un desafío de incalculables consecuencias.

Si al final de este ensayo el autor se permite volver sobre las consideraciones pronunciadas al principio sobre la destrucción de Cartago, es para enfocarlas desde un punto de vista general de contemplación histórica, y lo hace pensando que es lícito suponer que la última razón de esta destrucción radicara precisamente en esta amenaza o desafío que representaba la ciudad para los Estados «europeos» de la parte septentrional del Mediterráneo, fundados en la Edad de Hierro y dotados de la estructuración correspondiente, que en ciertos aspectos se parecía a la de Cartago. Por decirlo con una palabra, Cartago les pareció demasiado «moderna».

Cuando hace 18 años intentó por primera vez aproximarse a la problemática de la expansión fenicia en el Mediterráneo en una conferencia ante la Deutsche Orient-Gesellschaft<sup>35</sup>, el autor había excluido a Cartago. Lo hizo por su posición particular entre los demás asentamientos fenicios en el Mediterráneo, cuya aportación histórica vió más bien en su tradicionalismo cultural: «en la facies general de la cultura de la temprana Edad de Hierro, que en sus comienzos está marcada por su carácter agrario-aldeano, los asentamientos fenicios parecen islas aisladas emergiendo del mar y conservan la tradiciones de aquellas culturas urbanas del Bronce, altamente evolucionadas, con todos los logros técnicos y civilizadores de su pasado; pronto se expanden sobre su área vital, llevando sus bienes culturales hacia el Mediterráneo occidental y también al Mar Egeo».

¿Se trata, por tanto, de dos modelos esencialmente diferentes o sola-

34. V. n. 19.

35. H.G. Niemeyer, «Orient im Okzident - Die Phöniker in Spanien», en: *Mitteilungen der Deutschen Orient-Gesellschaft* 104 (1972), pp. 5 - 44.

mente de las dos caras de una misma moneda? Lo cierto es que las fundaciones fenicias sucumbieron por culpa de su particularidad. Las más pequeñas fueron abandonadas o absorbidas por ciudades regidas por dueños nuevos y más poderosos. Cartago, empero, la más grande y «moderna» de ellas, se rindió a su dramático fin solamente después de luchas encarnizadas, después de una catástrofe histórica que sacudió todo el mundo antiguo y fascina todavía la época actual.